

esfera privada, tema que ha sido poco estudiado entre nosotros". El anexo que incluye este artículo se titula: "Consejo 6.292 de *El Estuche*: 'La cocaína - Su preparación'; tomo 5, pp. 250-251", y trata acerca de las bondades del alcaloide que "cuando es genuino y químicamente puro, tiene el poder de producir anestesia local, no solo en las membranas mucosas, sino también en la epidermis y a alguna profundidad de ella". Y llama la atención sobre el interés general que existe alrededor del anestésico, así como que ningún médico de ideas progresistas se priva de servirse de sus efectos maravillosos.



Subrayo la inclusión de este apéndice porque me parece una gran ironía si comparamos con el momento actual, y para evidenciar cómo han cambiado los tiempos. Lo que hace cien años fue un artículo de divulgación científica en procura de una mejor cultura en la vida ciudadana y de salubridad pública, hoy sería poco menos que un acto narcoterrorista digno de severos juicios y condenas en nuestro régimen paranoico.

A pesar, pues, de lo dicho al principio de esta reseña respecto al carácter de los textos académicos en general, debo también afirmar, en este punto final, que *Historias de escritos* es altamente recomendable para espíritus curiosos e investiga-

tivos interesados en aspectos importantes de nuestra formación cultural, dado que estos ensayos, en su mayoría, tienen picos altos de interés y amenidad que los hace dignos de un lugar privilegiado en el mundo académico. Pero también en ámbitos del conocimiento científico, social y artístico.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Picoteo sí, pero...

Breviario arbitrario de literatura colombiana

Juan Gustavo Cobo Borda

Taurus, Bogotá, 2011, 242 págs.

Selección cronológica de cincuenta y una reseñas críticas, a modo de ensayo, entre los centenares con que Cobo Borda ha enriquecido el análisis literario. De ellas, cincuenta se refieren a obras y autores en prosa, y una a la revista *Mito*. Pese a que no se da noticia de la fecha inicial de publicación, su vigencia se manifiesta por los elementos conceptuales que le dan profundidad y permanencia, el rigor en la argumentación y la firma del autor.

Aunque impropio resulta reseñar reseñas, se trata de un libro de reseñas, el cual debe ser reseñado en una revista de reseñas, a fin de dar noticia del mismo, como es el objeto de las reseñas. Y debe exponerse su contenido, que es lo que hacen las reseñas.

En concordancia con su motivación, todos los ensayos son ejemplo de acierto selectivo, de juicio crítico, de síntesis analítica y de estilo expositivo.

Sus principales escritores y artistas y científicos constituyen la Colombia digna de ser considerada como patria, porque representan el noble uso de la inteligencia contra la degradación que en todos los órdenes ha venido a dominar por la fuerza bruta de la sinrazón la vida de los colombianos.

Se inicia el volumen con *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle (1566-1638?), libro que circuló en manuscritos durante ¡221! años. Su primera edición data de 1859. El autor lo señala como el abuelo indudable e inolvidable de la literatura colombiana (seis páginas).

Continúa con Jorge Isaacs (1837-1895) y su novela *María*: no hay otro libro colombiano con tan copiosa bibliografía. El mismo García Márquez, adaptándolo para la televisión en nuestros días, no ha trepido en considerarlo como "un texto sagrado", dice. (seis y media páginas).

Nadaísmo contra romanticismo fue el lema de gonzaloarango, en oposición a los "textos sagrados". Con el tiempo, los valores del pasado se sacralizan cuando se comprenden. Le pasará a Cobo Borda. Por laborioso.

Sigue con don Rufino José Cuervo (1844-1911). "Fernando Vallejo —anota—, en marzo del 2007, en el núm. 76 de la revista *El Malpensante*, publicó su conferencia en la cual canoniza a Rufino José Cuervo como santo colombiano que no conoció el rencor ni la envidia, no tuvo puestos públicos y amó como un iluso el idioma español". Fue "el encargado de volver a enseñar a la antigua madre patria la historia de su lengua" (dos páginas).



Puesto que la reseña debe sintetizar el concepto del ensayista sobre los autores tratados, resulta indispensable ilustrar con breves citas el comentario. Que sea la propia voz del autor del libro la que atraiga al lector por su erudición, el acierto de sus apreciaciones y su visión global del tema, así como la convincente argu-

mentación sobre obras, épocas y personajes. De todo lo cual resulta un ameno compendio, de varia utilidad.

Prosiguiendo con los capítulos, en su orden, de José María Vargas Vila (1860-1933), llamado "el Divino", este párrafo concluyente:

Lo leyó todo el continente americano, incluida esa península llamada España. Fue, sin lugar a dudas, nuestro primer *best seller*, mucho antes que Gabriel García Márquez. Era una fábrica de hacer libros: a más de cien ascienden los suyos. Auténtico fenómeno editorial: el primer escritor colombiano que se compraba en Europa mansiones o palacetes con sus regalías (seis páginas).

El inventario se prolonga con el somero estudio de los elegidos. Arbitrario sí, pero la arbitrariedad también puede ser un acierto si proviene de la decantada experiencia del maestro que ha llegado a ser Cobo Borda. Se inició con un grupo sospechoso para el nadaísmo, desde el punto de vista social e intelectual. Tras el largo y difícil aprendizaje, y hecho el análisis del siglo, unos y otros alcanzan su propósito.

Baldomero Sanín Cano (1861-1957) como ensayista:

Sin espíritu beligerante y con perfecta naturalidad, fue volviendo costumbre ese contacto con los libros, ese templado y sonriente escepticismo. Sus pasiones, intelectuales y sinceras, no descendían jamás al proselitismo. Las transmitía en una prosa sobria, informada, y aún hoy en día legible; atemperada siempre por una recóndita ironía.

Perfecta descripción, imposible de soslayar, si el propósito es ilustrativo (seis páginas).

José Asunción Silva (1865-1896) y su novela: "Qué precisión, y a la vez cuánta evanescencia. Qué modo de decir, y qué manera de callar. Se trata, sin lugar a dudas, de un contemplativo con mirada sagaz y penetrante" (tres páginas).

José Eustasio Rivera (1889-1928) y su novela. "A Rivera, caso único,

no se lo tragó la selva. Podemos leerlo todavía con emoción y rabia, con curiosidad y afecto. No nos deja indiferentes. Aún vivimos en sus páginas, mucho menos truculentas y precarias de lo que pensaba el propio Arturo Cova. Recias y poéticas" (cinco páginas).

César Uribe Piedrahíta (1897-1951) y *Mancha de aceite*.

Su aporte documental no es menor que sus cualidades literarias; uno y otro logran revelar los modos del saqueo y su incidencia, tanto social como económica, tanto moral como psicológica. Denuncia y creación; un contenido novedoso dentro de una forma también original: he ahí el mérito de Uribe Piedrahíta. Un nombre y una obra que bien vale la pena rescatar (cuatro y media páginas).

Luis Tejada (1898-1924) y el periodismo. "¿Qué significa escribir en Colombia, a comienzos del siglo xx? La pregunta puede parecer presuntuosa, o superflua. De todos modos la respuesta de Tejada es una de las más interesantes: a través de un género menor —la crónica— nos ofrece su implacable visión. Por eso, hoy bien vale la pena volver a leer a Tejada: allí está el comienzo" (seis páginas).



Germán Arciniegas (1900-1999). Se refiere a uno sólo de los muchos títulos publicados por el historiador:

Cuando América completó la tierra. Dice: América, tierra de la libertad democrática, cuestiona el derecho divino de reyes y emperadores a ejercer su dominio absoluto. La reina de España, la reina de Inglaterra y el emperador de Francia vieron cómo un indígena mexicano, al mandar fusilar al emperador Maximiliano, rubrica con sangre una premisa fundamental: "El respeto al derecho ajeno es la paz" (dos páginas).

José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) y su extensa obra: "Fue fiel a una temática que, si bien en ocasiones puede resultar distorsionada por su énfasis en lo negativo, mantiene por lo general una modulación exacta: la de un escritor con evidente conciencia social que registra en sus páginas desiguales todo un proceso histórico" (seis páginas).

Eduardo Zalamea Borda (1907-1963): "Como Ulises, precisamente, lo que importa son las aventuras corridas a lo largo del viaje y el placer de narrarlas al volver a casa. La novela, entonces, se constituye en el verdadero viaje" (dos páginas).

Ernesto Volkening (1908-1982) y sus dos volúmenes de ensayos: "Los textos de Volkening se distinguen por ese cauteloso silencio de quien ha llegado a pensar, y a repensar una y otra vez, lo que expresa. Si la integridad personal es la medida de la virtud, y la imitación el vicio capital, Volkening, como crítico, es un ser singular" (seis páginas).

Hernando Téllez (1908-1966) y *Cenizas para el viento* (1950): "La helada indiferencia con que los adultos realizan sus criminales tareas abrirá una grieta en sus mentes. Arrojará al rostro infantil lo absurdo del mundo. Los marcará a sangre fría, enseñándoles el mal o revelándoles los injustos límites de la exclusión. Del orden que margina y reprime" (cinco páginas).

Eduardo Caballero Calderón (1910-1993). Se refiere a *Memorias infantiles* (1964), en el centenario del nacimiento del autor, y concluye: "Este libro se conserva fresco y digno de leerse o releerse. Es nuestro en la claridad de su prosa y en la

contenida emoción que lo sustenta” (dos páginas).

Daniel Caicedo Gutiérrez (1912-2003) y su libro *Viento seco*: “Las reflexiones del prologuista (Antonio García), nos pueden servir para situar, a partir de la literatura, el dramático conflicto que la violencia colombiana plantea entre justicia y venganza, y que todavía, tristemente, nos acosa. Quizás por ello, la novela es el espejo de nuestras tragedias y quizás, ojalá, de nuestras esperanzas”. Conclusión de Antonio García: “Los hijos de las víctimas de ayer son los verdugos de hoy, y los hijos de las víctimas de hoy serán los verdugos de mañana” (cinco páginas).



Además de la primera novela sobre la violencia, el vallecaucano Daniel Caicedo publicó la primera novela sobre la marihuana en Colombia, titulada *Salto al vacío* (1955). Y dejó inéditos cuatro libros, cuyos originales permanecen en poder de sus hijas, Ana María y Paula, residentes en Bogotá. Como ha sido tradicional en los médicos, también legó su hijo a la medicina, en la especialidad de cirugía estética. ¿Que no viene al caso? ¿Y qué es la literatura, sino cirugía estética?

Este cronista coincidió con Daniel Caicedo en Barranquilla, Bogotá y Cali. Cierta día me invitó a ir a Buga, su ciudad natal, para visitar antiguos conocidos. Nos sentamos en una banca del parque principal, que tiene su nombre grabado como donación suya, y después de un momento de silencio me dijo, refiriéndose al joven hijo del dueño del

parqueadero adonde habíamos ido a retirar el auto: “Estoy preocupado. Le vi la muerte en la cara a ese muchacho”. Regresamos a Cali en la tarde. Fuimos a guardar el auto. El joven había muerto en la calle, atropellado por un vehículo.

Aún más: en Barranquilla, un día al atardecer, en el consultorio de Daniel, estábamos con un joven recién llegado de Cali, cuando una llamada de Madame Martin, la famosa vidente —la misma que aparece en la novela de Marvel Luz Moreno— requirió a Daniel para visitar a su hija enferma. Acudimos allá, y al llegar, Daniel nos presenta. Ella retiene la mano del joven por un momento, y le dice: “Llame a su casa. Su padre acaba de morir”. Así ocurrió.

Conocí a muchos de los autores que presenta en el libro Cobo Borda, y podría aligerar el peso de esta reseña con interesantes relatos, pero sigamos:

Nicolás Gómez Dávila (1913-1994). “Vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres”, tal era su ideal, pero detrás de esa existencia afable y sosegada iba a estallar un volcán arrasador en contra de todas las mentiras que nos paralizan. Aquella, por ejemplo, de producir, acumular y consumir dentro de la lógica perversa de un progreso aparente que ensució lo sagrado, arruinó la naturaleza y creyó, estúpido, que las catedrales habían sido construidas para incrementar el turismo (dos páginas).

Alfonso López Michelsen (1913-2007). Cita a Hernando Téllez: “No cabe duda de que este libro (*Los elegidos*), no se podrá olvidar fácilmente, y que su testimonio se contará siempre entre los más valientes y eficaces que un escritor colombiano haya producido sobre el carácter nacional y el drama silencioso y terrible de la integración de sus clases” (cinco páginas).

Elisa Mújica (1918-2003). Concluye así:

Estas reminiscencias que ha escrito Elisa Mújica, con el título de Bogotá de las nubes, constituyen, sin lugar a

dudas, otro eslabón más de ese tejido, sólido pero visible, que ata el hoy con el pasado necesario. Con gracia y encanto, con dolor indudable, ella nos lo ha recordado, desde este confuso presente. Sus ojos miran hacia atrás, pero la validez de su análisis reclama la continuidad necesaria (siete páginas).

Pedro Gómez Valderrama (1923-1995): “Si la novela en nuestros amnésicos países es en tantas ocasiones mucho más fiel que la propia historia, también ella actúa como filtro catártico. En *La otra raya del tigre*, la raya que la voluntad le pinta con su empeño humano a la necesidad, muestra cómo la violencia nutre sus páginas con los horrores y desmanes de las guerras civiles, las de antes y las de ahora” (dos páginas).



Manuel Mejía Vallejo (1923-1998): “Si nuestra tragedia no es más que un melodrama, nadie la ha entendido mejor que Mejía Vallejo. Con esta obra (*Aire de tango*, 1973), realiza el primer epitafio válido de una época que sólo subsistirá gracias a su palabra. Es decir: a su música hecha lenguaje” (siete páginas).

Aunque someros —por tratarse de reseñas—, los acertados análisis de algunas de sus obras, y la apreciación de conjunto, sólo se podían hacer desde la distancia del crítico de Bogotá, pues Mejía Vallejo continúa siendo paradigma en Antioquia.

Álvaro Mutis (1923) y *La nieve del almirante*:

Los crímenes europeos (lucha entre armagnacs y borgoñones) se repiten,

triviales y envilecidos, en cualquier ranchería. Los móviles, quién lo duda, son los mismos: envidia y despecho, ambición y vanidad [...] Las ideologías revolucionarias han resultado otra forma de hacer negocios. La sorprendente actualidad política del libro no debe hacernos perder de vista su auténtica filosofía: un rechazo a toda idea de progreso. La aceptación de una fe laica. Ni el cielo, ni mucho menos la historia, acompañan al Gaviero (seis páginas).

Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972). En dos páginas se refiere a *La casa grande*. Encuentra afinidades literarias entre Cepeda Samudio y García Márquez, e identidades temáticas originadas en la extensa zona Caribe y antillana, patente en los narradores de la región, sin que ello implique recíprocas influencias, sino la autenticidad particular de historia, geografía, mezclada población y análogas consecuencias a partir de similar cultura, costumbres y filosofía. Ocurre lo mismo en las demás regiones colombianas con identidad propia, de donde comentaristas malintencionados o envidiosos deducen irresponsablemente imitaciones y plagios (dos páginas).



Gabriel García Márquez (1927) y *Cien años de soledad*: “Si en el momento de su aparición se saludó junto con el amanecer revolucionario de una América Latina en pie de guerra, hoy la otra faz de ese heroísmo demente, promoviendo nuevas

guerras para acabar con la guerra eterna, corrobora el desgaste de aquel eje y el rechazo explícito del propio García Márquez a la actividad guerrillera en Colombia” (cuatro y media páginas).

Hernando Valencia Goelkel (1928-2003): “Prolonga, renueva y engrandece una valiosa tradición crítica colombiana, de Baldomero Sanín Cano a Hernando Téllez, y la lleva a su más alto esplendor” (tres y media páginas).

Antonio Montaña (1932). Se refiere a este polifacético autor como “El sensible cuentista de *Cuando termine la lluvia* (1963), que ha logrado con esta novela ampliar la certeza de su escritura, siempre tan apegada a una sabia entonación realista, pero también capaz de cerrarla en ese final donde el absurdo cuestiona todas sus razones” (dos y media páginas).

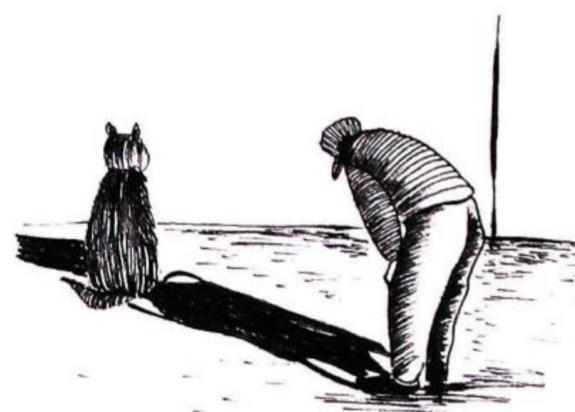
Helena Araújo (1934): “Cuando apareció su primer libro de relatos, *La M de las moscas* (1970), la crítica (cuál crítica) sólo emitió vaguedades intonsas temiendo, a lo mejor, su propia incapacidad para situar a quien había mantenido, con relativa coherencia, una línea de conducta analítica en torno al quehacer literario de esos años” (tres páginas).

Nicolás Suescún (1937). Se refiere a un libro de cuentos, algunos de los cuales se comentan con detalle, aunque no se da el título del volumen. El párrafo final enfatiza la conclusión:

De ahí que este libro sea la certeza convincente de que hay ya una posibilidad de variación en el registro básico de nuestras letras; no el campo, sino la ciudad; no el paisaje, sino la mente; no la adolescencia, sino la madurez. Y no hay duda, tampoco, de que a partir de este regreso a lo nuestro, es Suescún el más indicado para llevar a cabo tan urgente empresa (cuatro páginas).

Alba Lucía Ángel (1939): “El secreto de toda literatura quizá sea éste: que el misterio se conserve intacto en la esquila azul que yace dentro de la caja de malaquita, y que éste

nos haya permitido estar y no estar, concretándose y esfumándose, siguiendo siempre reglas estrictas; las de su propio arbitrio”. (tres páginas).



Marvel Luz Moreno (1939-1995). Autora de dos volúmenes de cuentos: *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (1981), *El encuentro y otros relatos* (1992), y la novela *En diciembre llegaban las brisas* (1987), traducida al francés y al italiano. Pone en duda si Marvel Luz fue reina del carnaval en Barranquilla. Sí, lo fue, y por cierto, en pleno baile de coronación, ¿de qué cree usted que hablaba con Plinio Apuleyo Mendoza? Del Quijote de Avellaneda. Y por eso se casaron. Porque Plinio se dio cuenta instintivamente de que esa bellísima mujer iba a necesitar de él en un distante futuro. Y así fue. Lo cuenta García Márquez (tres páginas).

Carlos Castillo Cardona (1940). Nacido en Barcelona, radicado en Colombia desde 1949. La reseña se refiere a una obra suya, de la cual no da título ni editor. Dice: “Es una novela hecha, como en la arquitectura posmoderna, con los restos de todas las novelas imaginables, entremezclándose, superponiéndose, adulterándose, y demostrando una vez más que la enumeración exhaustiva de tópicos no es conocimiento: es un artilugio para perdernos en ese laberinto feliz que es la lectura” (dos páginas).

Miguel Méndez Camacho (Cúcuta, 1942) y su novela *Malena*:

La lectura se convierte en un desafío arriesgado contra quienes creen manejar el poder y controlar todas

las artimañas. Videos, guardianes y soplones caerían ante esta mezcla impredecible de improvisación y astucia, ilusión y trapacería. El triunfo de Malena al hacer saltar la banca es el triunfo de una estratagema perfecta: aquella que burla la suerte y gratifica con el placer de una lectura deleitosa (dos páginas).

Elkin Restrepo (1942) y *La bondad de las almas muertas* (2009):

Donde quizás el libro da su nota más alta es en cuentos como el que da título al libro, donde el matrimonio compuesto por Gabriel y Lucía aguarda en vano a Miriam, en un centro comercial. / Una línea estilística cruza el libro, en su concisión neutral de informe desapasionado, y otra lo hace a través de la exageración barroca de la farsa y la crapulosa marginalidad (dos y media páginas).

Fernando Vallejo (1942) y *El fuego secreto* (1986). Reseña de una página. Poco dice. Todo queda por imaginar. Sólo el autor sabe por qué (una página).

Gustavo Álvarez Gardeazábal (1945) y *Cóndores no entierran todos los días*: "Novela menor sobre un personaje nocivo de la limitada vida política colombiana. [...] Habrá que esperar otros autores distintos de Álvarez Gardeazábal, y más omnicomprendidos procedimientos literarios para escapar, tanto al cerco de la violencia, como al de la retórica de García Márquez" (cuatro y media páginas).

Antonio Caballero (1945) y su obra *Sin remedio* (1984): "Las quinientas páginas son un exceso, pero hay algo tan certero en sus diálogos exasperantes, y algo tan atroz en las descripciones nocturnas de Bogotá, que es, por cierto, el absurdo máximo lo que contribuye a darle algo de frescura a esa caída en la nada [...] Sin embargo, detrás de todo brilla el dolor". Es la reseña más breve del libro: menos de una página.

Luis Fayad (Bogotá, 1945) y su novela *La caída de los puntos cardinales* (2000). Da una visión amplia y nostálgica de quienes partieron del

Líbano buscando un nuevo paraíso, una renovada Tierra Prometida (tres y media páginas).

Álvaro Miranda (1945) y *La risa del cuervo*, que Germán Arciniegas llama "la mejor novela sobre la época de la independencia". "Mostrar la sinrazón obsesiva de la lucha, cuando ya no se distinguen los motivos y sólo queda el mecánico acto de matar, confiere a este recuento un aire alucinado" (dos páginas).

R. H. Moreno Durán (1945-2005) y una obra innominada, que el lector deberá identificar. "Una divertida sátira en verdad, que 'establece un paralelo de fuerzas vivas' entre mujeres y militares: ambos carecen de inteligencia; ambos nacieron para obedecer, aunque parezcan mandar" (dos páginas).



Darío Jaramillo Agudelo (1947) y *Novela con fantasma* (2002): Ella sola (la novela) debe convencernos de que los fantasmas existen. De que los fantasmas, como la ficción, simplemente transcurren, para deleite de quienes los leen, presos del hipnótico ritmo con que Darío Jaramillo nos atrapa en su trama imposible" (dos páginas).

Fernando Toledo (1948) y su primera novela, cuyo título queda a la búsqueda del lector: "Es notable el modo como esta escritura, minuciosa y detallista, sabia de erudición histórica, también es capaz de recrear

la lengua ladina, envolviéndonos con su torrencial flujo narrativo, propio de una primera, y ya bien lograda novela" (dos páginas).

Jaime Manrique Ardila (1949) y *Oro colombiano*, novela escrita originalmente en inglés norteamericano:

Manrique está, de algún modo, recreando tópicos convencionales (y no por convencionales menos afligentes) de nuestra realidad. Pero la literatura requiere de una mediación estilística y formal que aquí no se logra [...] Lástima, ya que las 35 páginas iniciales son de primer orden: las escribió con odio. No como las otras, con falsos afanes de denuncia y rendición (cinco páginas).

Tomás González (1950) y *Primero estaba el mar* (1983), "una de las más logradas novelas recientes" (una y media páginas).

Laura Restrepo (1950) y una novela no indicada por su título: "Esta indagación, hábil y recursiva nos ofrece, como saldo favorable de una escritora que latió con sus gentes, una visión de nosotros mismos: dio vida en la pareja central del libro a esos fantasmas recurrentes que nos agobian, con entrañable compasión y sobre todo con pulso firme de narradora eficaz" (tres y media páginas).

Andrés Caicedo (1951-1977) y *¡Que viva la música!* Una de las reseñas más extensas del libro (siete páginas), con información y comentarios sobre el autor y otras de sus obras. "Los seis años que Caicedo dice haber dedicado a la redacción de esas 150 páginas se referían, no a Mariátegui sino a sí mismo. A su inminente suicidio. Había jugado con la idea de convertirse a sí mismo en un mito, y el mito lo atrapó" (siete páginas).

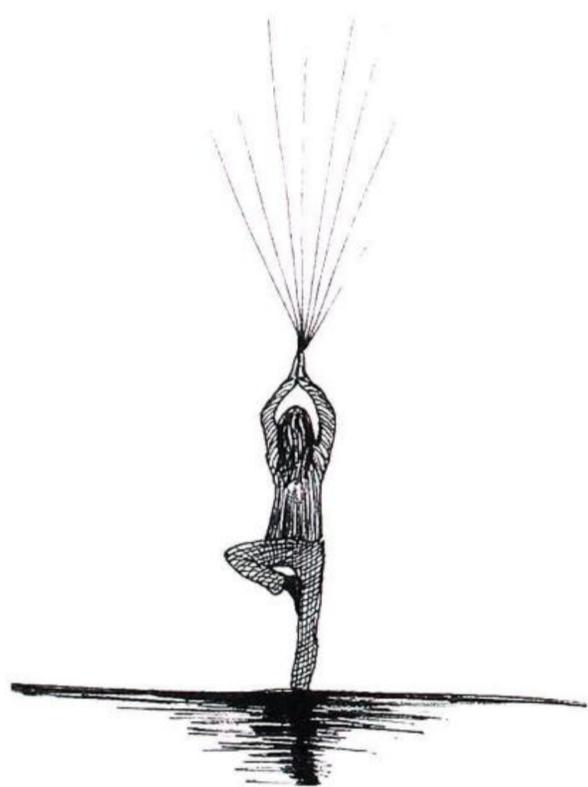
María Elvira Bonilla (1955) y su primera novela, cuyo título omite el ensayista: "Es el complemento casi, desde el punto de vista femenino, de un texto como *¡Que viva la música!* de Andrés Caicedo" (dos y media páginas).

Pablo Montoya (1963) y su novela *Lejos de Roma*: "El logrado tono

de la obra, su madura sobriedad, lleva a preguntarse por qué algunas de las más certeras y despojadas obras de la nueva narrativa colombiana abjuran de un presente sórdido y reflexionan sobre el hoy a partir de la lectura del ayer” (dos páginas).

Mario Mendoza (1964) y *Cobro de sangre*: “El mapa sensorial que el personaje traza de Bogotá nos recuerda que esta obra no sólo es denuncia política o testimonio humano sobre la espiral letal que la venganza ejerce sobre quien la realiza, sino verdadera obra de arte” (dos páginas).

Antonio García Ángel (1972) y *Su casa es mi casa*, primera novela del autor (2001): “Ligera y bien armada obra de suspenso, que contrasta de modo notable con una narrativa negra bogotana empeñada en acentuar los tintes sombríos y la inminencia apocalíptica” (dos páginas).



Ricardo Silva Romero (1975) y una novela cuyo título se omite: “Todo un vetusto mundo de prejuicios clasistas, amantes más estables que esposas, y deseos congelados. [...] Verídicos trasuntos, en esta lograda ficción, de la ciudad indetenable e impetuosa que los parió y ya los olvidó” (una y media páginas).

A más de narradores y ensayistas, el libro ofrece un artículo (siete y media páginas) sobre la revista

Mito (1955-1962), destacando sus colaboradores, los temas expuestos, y la filosofía que sirvió como derrotero a la famosa publicación, así como la influencia que se le atribuye para su época en Colombia, o más exactamente, en Bogotá. En realidad, su circulación era mínima, entre iniciados, con lo cual se demuestra la importancia de las élites por encima de los grandes tirajes. Lo mismo ocurrió con la revista *Eco*, de la Librería Buchholz. Cuando Tercer Mundo adquirió la Editorial Antares, los paquetes con la revista permanecían en el depósito.

Por motivo no indicado, en varios de los capítulos se omite el título de las obras estudiadas. Esta reseña acata esa decisión. También falta en el libro una introducción explicativa del autor. La palabra *arbitrario*, en el entendido de que se entenderá, resulta insuficiente en una obra didáctica. Y algo sobra: los errores de transcripción, notorios en un tratado riguroso. No hay libro sin erratas, y menos cuando la computadora insiste en la corrección automática. Pero la gramática del escritor no puede ser la primaria elemental, que hoy se exige.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Historia y poesía

Colombia en la poesía colombiana: los poemas cuentan la historia

Varios autores

Letra a Letra, Ministerio de Cultura, Fundación Confiar y BiblioAmigos, Bogotá, 2010, 491 págs.

Hay libros que provocan cierta sospecha desde el comienzo. Eso fue lo que me ocurrió con la antología *Colombia en la poesía colombiana*, preparada por Joaquín Mattos Omar, Amparo Murillo Posada, Robinson Quintero Ossa y Luz Eugenia Sierra. Recibí el libro y ya la carátula —en la que la palabra Colombia aparece

escrita en letras más grandes que las demás— me produjo un extraño resquemor y me puse en guardia por dos razones. En primer lugar, no se podía descartar la posibilidad de que el libro no fuera otra cosa que una recopilación de poemas patrioterros. El otro peligro —dictado por el subtítulo que dice la poesía cuenta la historia de Colombia— era que los antologistas se hubiesen concentrado solo en la historia política y se limitaran a hacer una colección de poemas de combate, que sirven tal vez para ilustrar uno u otro episodio conocido pero que no agregan nada, o muy poco, a la comprensión de la historia y cuyo valor literario tiende a ser nulo.

Tengo que admitir que esa prevención instintiva que sentí al tener el libro en mis manos me sorprendió pues antes, al conocer el título y el subtítulo de la obra, mi reacción había sido por completo distinta e incluso había sentido cierta curiosidad por ver como los compiladores lograban cumplir con la expectativa que despertaban con el subtítulo. No hay —y ese es un mérito— un exceso de poemas patrioterros. En cambio, la antología peca a veces por recoger poemas meramente anecdóticos. También hay algunos poemas —el caso del *Nocturno* de Silva es el más notable— cuya inclusión en principio es legítima, hubiera requerido una explicación más de fondo sobre su relación con la historia de Colombia.

En general, más que una antología —en ella no hay descubrimientos que hagan que nadie se levante de la silla—, lo que pedía a gritos el proyecto de los antologistas era un ensayo que explicitara la relación entre poesía e historia. Sin duda, hay esbozos en esa dirección, en el prólogo y en algunas de las notas que, sin embargo, suelen quedarse a mitad de camino.

El prólogo empieza estableciendo una dicotomía entre poesía e historia. De manera normal se tiende a creer, según los compiladores, que mientras que la poesía se ocupa de “la intimidad de los hombres”, la historia lo hace de los acontecimientos